

# Caro nome!

por Yolanda Zamora

## Luna grávida del 13 de septiembre de 2016.

El Teatro Degollado en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, celebra su aniversario número ciento cincuenta y conforme con la vocación para la que nació este recinto, se festeja con un programa operístico tal como ocurriera aquel distante 13 de septiembre de 1866, cuando los amantes del género escucharon en la función inaugural a la soprano Ángela Peralta, “Angelica di voce e di nome”, interpretando a la heroína del drama trágico *Lucia di Lammermoor*, de Gaetano Donizetti.

En esta ocasión no es la locura de Lucia lo que habrá de conmovir al público presente, sino el dolor profundo de un padre burlado, castigado con la maldición que se abate inexorable sobre su vida, en la persona de su única hija Gilda: es el *Rigoletto* de Verdi.

La Orquesta Filarmónica de Jalisco se preparó con exhaustivos ensayos; la batuta exigente de su director titular logró reunir un elenco insuperable integrado con las voces internacionalmente más destacadas del momento. Además de esto, crece la expectativa por el montaje, ya que se ha invitado como director escénico a un misterioso personaje, el italiano Danilo Bellagamba. Se dice entre los conocedores y amantes de la ópera que posee un talento escénico capaz de convocar y actualizar de manera insospechada las circunstancias, los personajes y la trama misma de cualquier ópera que pase por sus manos. Todo ello augura una noche excepcional e intensa.

Y efectivamente, cuando se alzó el telón de motivos griegos del Teatro Degollado y se escuchó entre trompetas y trombones el breve y conmovedor preludio que presagia la fatalidad, el público presente no pudo contener una exclamación prolongada de auténtica sorpresa. Contrario a lo que muchos esperaban —es decir, un montaje vanguardista de la ópera *Rigoletto*—, la escena apareció fiel a su época, con todas las convenciones tradicionales respetadas: mobiliario, utilería, vestuario... pero algo misterioso ocurrió: parecía que la escena misma convidaba a los presentes a formar parte del montaje, de ese grupo de cortesanos que se paseaba festivamente por el ambiente sórdido de los grandes salones del palacio del Duque de Mantua; algo inexplicable hacía sentir a cada espectador como uno más de esos *cortigiani*, como si estuvieran allí mismo, en escena, convocados por la melodía cautivante, trémula de pasiones humanas.

Y, a partir de ese momento, seducidos por el fenómeno estético, no hubo una sola alma en la sala del Teatro Degollado que se atreviera siquiera a apartar la mirada de la escena...

Cuando Gilda abrió los ojos en la cama del duque la mañana inmediata a su secuestro, pensó en su padre. Qué terrible dolor habría de experimentar el bufón del rey al saber que su hija única, su niña rubia adorada —como él la llamaba— en quien había volcado toda su ternura, y a quien había dedicado su vida entera, ¡oh, cuánto amor!, para protegerla y cuidarla de la corrupción y la mezquindad de una raza dañada y pervertida, había sido raptada y ultrajada por el más grande barabaján de todos los tiempos: el duque de Mantua, a quien él mismo, Rigoletto, servía indignamente de bufón, celebrando con burlas sus atrocidades, participando con su propia cuota de crueldad y ácido humor.

¡Ah, cuán pronto se cumplió la maldición del Conde de Monterone, aquélla que sólo unos días atrás le echara encima el padre burlado, como Rigoletto lo es ahora en su propia hija mancillada!

Gilda, en la recámara, mira a su alrededor, está sola, el cabello desordenado, las sábanas de raso revueltas y los almohadones tirados por el piso: “¡Oh, padre mío, tu flor más querida ha sido arrancada! ¡Qué razón tenías al temer por mí! ¡Cómo mirarte a la cara! ¡Cómo enfrentar esta deshonra, padre mío!”

En medio de su desconsuelo, Gilda escucha cantar, en el salón contiguo, al propio duque de Mantua: ‘*La donna è mobile, cual piuma al vento...*’ Siente un punzante dolor. ¿Cómo ha podido él engañarla así, burlándose de su amor? ¿Cómo fue capaz de desgarrarle el alma de esta manera? Él, a quien ella amó ingenuamente, como se ama una única y primera vez, sin importarle su pretendida desvalidez y pobreza cuando él fingía ser sólo un joven estudiante desamparado y sin fortuna.

Qué cerca estaba aún la mañana en que lo conoció, rumbo a la iglesia. Iba ella con Giovanna, el ama de llaves a quien su padre había confiado su cuidado. Volvía a vivir aquel momento en que sus miradas se cruzaron y ella quedó prendada de aquellos ojos negros. Ayer mismo, ¡divina experiencia!, él, deslizándose como un furtivo ladrón en su jardín, le dijo su nombre: ¡Gualtier Maldè!, y Gilda no tuvo entonces más credo ni más ilusión que repetirlo: *Gualtier Maldè, Gualtier Maldè, Gualtier Maldè...* ¡Caro nome! Sí, el primer nombre que hizo palpar su corazón, sortilegio que la fascinó y cuya sola mención la invadía de júbilo y lograba hacer que se soltara su garganta en arpegios pajariles compitiendo con los trinos del ruiseñor. Volaba su pensamiento hacia él, hasta el último suspiro.

Esa noche Gilda se había dormido con la dulzura de aquel nombre, como leche y miel en las comisuras de sus labios, sin imaginar que negras cornejas la rodeaban y agitaban sus alas merodeantes. Ahora, despierta de aquel sueño con la hiel de la decepción en su boca. Se da cuenta de que ese “*Caro nome*” fue mentira, como falso fue todo en él, truncando en aplastante realidad los anhelos de su naciente juventud.

Todavía recuerda cómo, entrada la noche, se sobresaltó al escuchar pasos en la escalera. En medio del sueño, el corazón le dio un vuelco al pensar que quizá sería él que volvía vestido de tiniebla para amarla; pero, en segundos sintió sobre su cuerpo y sobre su rostro una tela áspera que la envolvió. Voces embozadas apuraban a perpetrar el secuestro: “¡De prisa, de prisa, Rigoletto puede regresar en cualquier momento!”

Ella se sintió arrebatada de su lecho y llevada en vilo por muchas manos. Cuando pudo, al fin, darse cuenta de lo que ocurría, ya había sido arrojada a las habitaciones del Duque de Mantua y sacrificada sin piedad. Ahora yacía sobre la cama, con la nube blanca del camisón desgarrado, cubriéndole apenas el pecho. Estalló en sollozos incontenibles llena de vergüenza y desengaño...

De pronto, se interrumpe la escena en el Teatro Degollado. Algo no anda bien en la representación. La batuta del director está detenida en el aire mientras mira de soslayo a la cantante, preguntándole con

los ojos: “¿Qué pasa?”. Gilda ignora la pregunta, dirige su mirada, en cambio, hacia la sala llena y empieza a reflexionar iniciando con voz pausada un recitativo... ¡no contemplado en el libreto!

“Si yo hubiese sido personaje de una tragedia griega tendría al menos a quién culpar y podría decir: ‘¡Oh, hado cruel, se ha cumplido la maldición en mí, el terrible oráculo, nada puedo contra el destino inexorable!’ Me arrancaría los ojos e iría penando por el mundo. Pero, no es así, no soy un personaje griego que deba aceptar su destino. ¿A quién debo reclamar, entonces, Dios mío? ¿A quién solicitar una respuesta sobre este ignominioso papel que me ha tocado representar una y otra vez, una y otra vez...? Si me hubiesen asignado al menos, en esta obra, el papel de Maddalena, la sensual gitana: *bella figlia de l'amore*, acostumbrada a gozar de la vida y sus delicias, a danzar seductora, rodeada de esclavos de sus encantos, libre, siempre libre, siempre libre... Sí, gustosa me cambiaría por ella. En cambio, he sido condenada a perdonar eternamente, a no pensar en mí, a entregarlo todo, hasta la vida, por alguien que no lo merece. ¿Por qué tiene que seguir siendo así?”

Gilda reacciona como si una extraña presencia se hubiese apoderado de todo su ser. El dolor se transforma en rabia y ya no siente más lástima de sí misma; ahora experimenta el coraje que le provoca el encuentro con sus abismos más profundos que claman justicia. Se incorpora desde la cama de dosel dorado, colocada en mitad del escenario, y observa al público. Contacta los rostros conmovidos, expectantes, de los presentes. Sabe que en la siguiente escena ella deberá correr, humillada, en lágrimas, y arrodillarse ante su padre, para pedirle perdón y decir: “Padre mío, qué vergüenza, sólo quiero ruborizarme ante vos...”

Su mirada se detiene de pronto en la parte más oscura del anfiteatro, al fondo, en donde ella ha descubierto una figura siluetada que sigue atenta lo que en escena está ocurriendo. La identifica. Es Francesco Maria Piave, el libretista de la ópera, quien sigue sorprendido de la trama de la historia. “¿Es a él a quien puedo reclamarle?”, parece preguntarse Gilda, y en un instante de decisión, salta de la cama, se alza y se yergue cuan alta es, abre el pecho, levanta la barbilla, en un gesto violento se retira el cabello desmadejado que cae sobre su rostro y empuña las manos con actitud retadora: “¡No! ¡Nunca, nunca más!”. Ya no está dispuesta a asumir todo el castigo ella sola una vez más, ni a sacrificarse por nadie, y mucho menos por quien no la merece.

Gilda camina decidida buscando la salida de la escena entre los pesados cortinajes laterales de terciopelo rojo. Encuentra, tras bambalinas, la puerta que sale al pasillo, baja las gradas y entra de nuevo en la sala, ahora por el deambulatorio central, entre la butaquería y el cuchichear del público que ahora no sabe qué pensar; se miran unos a otros; se preguntan: “¿Qué pasa, por qué se ha interrumpido la representación?”

Los músicos de la orquesta han soltado sus instrumentos y en grupos —negros cuervos azorados—, asoman la cabeza fuera del foso y la siguen también con la mirada.

Se encienden las luces y en lo alto del escenario el águila dorada, con un graznido agudo, suelta ruidosamente la cadena que durante 150 años ha traído en el pico...

Gilda, ahora en medio de la sala, recorre el pasillo con lentitud, hasta alcanzar el anfiteatro. Ahí está Piave. Ella lo mira y lo increpa, le reprocha, y le dice que “nunca más”, que no está dispuesta a quedarse con la afrenta terrible que ha venido arrastrando, una y otra vez, en cada representación. Piave la mira, hierático, indiferente a su reclamo. Ella le dice que se equivocan él y todos los libretistas del mundo que puedan suponer que la mujer es veleidosa. No, *la donna non è mobile, la donna è sempre fedele*... Que es el hombre el incapaz de amar, casquivano, soberbio, siempre insatisfecho de mujer, el que muda de acento y



Rigoletto  
Imagen: *The Curse* by Alter Gromit

de pensar. Es el hombre infecundo, imposibilitado para amar... es el lascivo Duque de Mantua, el que merece castigo, y no ella.

Piave la mira, ahora incrédulo, descontrolado, no sabe qué hacer ni cómo reaccionar. El escenario de la representación ya no es el foro, sino la escena entre Gilda y Piave en el anfiteatro. El público empieza a identificarse con Gilda, con su dolor, con su angustia, con su impotencia, con su historia de años y años sacrificada. Es ahora el público quien exige de Piave una solución.

En un acto desesperado, el director de orquesta le indica al tenor que empiece a cantar el aria más conocida, precisamente ‘*La donna è mobile*...’ (quizá, así, el público se calme). Ahí está, en escena, el Duque de Mantua intentando, *a capella*, su famosa aria, mientras se alisa el bigote delgado y cínicamente mira al auditorio. Pero, lejos de ello, la actitud de la audiencia es de franca hostilidad hacia el tenor. La ira de los espectadores se le echa encima. Sorprendido, se atemoriza y trata de hacer un rápido mutis para ocultarse en su camerino. Pero es tarde: un buen número de asistentes salta a escena, le cierran el paso y lo someten, sujetándole los brazos a la espalda.

En ese momento, desde la primera platea, súbitamente aparece Rigoletto, que salta al escenario con la cara distorsionada por la rabia y la indignación. Sus cabellos rojos flamean bajo su ridículo sombrero de tres picos con un cascabel en cada punta. Entre los rombos verdes y morados de su casaca, toma de su pecho una daga y, sin titubear, se abalanza sobre el tenor y la hunde en el corazón del duque de Mantua, quien al instante se desvanece sin vida. Rigoletto respira profundo, aliviado, y grita: “¡Más de ciento cincuenta años he esperado este momento!”

Nadie atina a reaccionar. Rigoletto baja lentamente la escalerilla, se interna entre el público que se va apartando con respeto. Llega hasta su hija Gilda, la abraza con ternura paternal; se quita la capa corta de brocado y cubre a la joven con ella, pasándole un brazo por su espalda. “Nadie jamás habrá de lastimarla.”

Piave los mira, perplejo. ¡El público aplaude arrebatado!

Bajo el gran candil padre e hija recorren el pasillo de alfombra escarlata y salen del teatro. Por la salida posterior del Teatro Degollado, en medio de la oscuridad, el misterioso director de escena se pierde también hacia los rumbos de la fuente llamada: “*Rinconada del Diablo*”.

A la mañana siguiente *El Informador* notifica a ocho columnas: “Final inesperado ayer en la ópera *Rigoletto*. La temporada se suspende por el asesinato del tenor...” ●